

Historia: de la objetividad científica a la subjetividad literaria

José María Muria

*a la memoria de José Gaos
y Alberto L. de Guevara*

EL CULTO A LA OBJETIVIDAD parece ser una de las pocas coincidencias que han llegado a tener el positivismo, tan de boga entre los mexicanos a fines del siglo XIX y principios del XX, y el peculiar materialismo histórico que se generalizó entre nosotros durante la década de 1960, cuando se abrieron numerosos espacios para la investigación histórica, muchos de los cuales fueron ocupados por gente de plano mal entrenada y sin verdadera vocación. Fueron ellos quienes se afiliaron a una suerte de catecismo materialista que les permitía dar ciertos visos de validez a sus trabajos, no obstante que, con frecuencia, se trataba de un marxismo emanado de planteamientos sumamente dogmáticos y, por lo mismo, completamente contrarios a lo establecido por dos viejos “marxistas” alemanes de antaño que terminaron sus vidas en Inglaterra, uno en 1883 y otro ocho años después: Karl Marx y Friedrich Engels.

De ahí que no haya faltado quien, a esta forma *criolla* de devorar el marxismo, la haya llamado agriamente *marxofagia*.

Cabe reconocer que marxistas serios, y mucho, los ha habido en México, pero cabe aceptar también que no han sido abundantes ni han tenido muchos seguidores.

A pesar de los avatares contemporáneos, sigo pensando que el marxismo, o materialismo histórico en este caso, es una escuela muy seria y me niego a aceptar que el derrumbe del “capitalismo de Estado” salvajemente centralista en que se sustentaba la Unión Soviética, haya significado la muerte de un método de trabajo y de análisis que no deja de ser un instrumento cognoscitivo sumamente útil para emprender la

comprensión de muchos fenómenos y situaciones sociales, en especial cuando se trata de los primeros acercamientos.

El positivismo, por su lado, insistía en la obligación del historiador de no dejar que permearan sus pasiones en sus trabajos. Con base en hechos históricos descubiertos en el mucho bregar de los positivistas por incómodos repositorios documentales y el culto que rendían a los documentos que daban noticia de ellos, pretendían lograr una historiografía aséptica, *despersonalizada*, carente de subjetividad o, dicho en otros términos, cabalmente objetiva. Quizás el más claro intento de esta pretensión en México lo haya sido la famosa *Historia de la conquista* de don Genaro García.

En cambio, la objetividad de la marxofagia no se basaba en el estudio de fuentes primarias. De hecho, característica fue de los historiadores mexicanos de esta tesitura su escaso afecto a frecuentar archivos y procurar fuentes básicas de conocimiento. Sus trabajos, basados en información obtenida anteriormente por los positivistas a quienes denostaban con gran dureza, sustentaban su objetividad en el “marco teórico” al que sometían sus averiguaciones, en el entendido de que era lo único capaz de revelar las “circunstancias objetivas” del pasado. Dicho marco teórico era llevado y traído como la gran panacea en contra de la temible subjetividad que amenazaba con dar al traste con el nobilísimo carácter “científico” de la historiografía.

Vivimos tiempos, a diferencia de otros en que se prefería la filosofía, en que lo científico está en la cúspide de la dignidad del quehacer intelectual. Cuando una disciplina de estudio deja de ser considerada de calidad científica, mengua igualmente su prestigio ante los ojos de la sociedad. Nada de raro tiene que cualquier estudioso batalle para poder

pertenecer a tan encumbrado club y esté dispuesto a lo que sea para conseguirlo.

Lo curioso del caso es que no hay ni asomo de acuerdo general respecto de lo que quiere decir *científico* con todo detalle, ni existe una definición universalmente aceptada de *ciencia*, que permitiera establecer con *objetividad* y precisión cuándo un conocimiento es científico y cuándo no lo es. De quienes consideran que debe ser un estudio capaz de cuantificar sus principios, a quienes creen que sólo es necesario que dicho estudio tenga un orden y un sistema, hay un trecho enorme.

Me inclino más por este lado que ofrece mayor elasticidad, entre otras cosas porque el desarrollo de las ciencias exactas demuestra cuán inexactas son y lo convencional y subjetivo que, en última instancia, resulta cualquier cuantificación. Me basta con la castidad y el rigor a que me obliga el método histórico que aprendí más o menos a utilizar, en aras no de averiguar la existencia del mayor número posible de acontecimientos sino de *entender* el significado de algunos conjuntos de ellos y relacionarlo con mi circunstancia. De esta manera, ofrecerá una importante ayuda para comprender esta confusa situación presente que vivimos y, ya encarrerados, tener mejores bases para actuar con vistas al futuro mediato e inmediato que columbro para mi persona y la comunidad de que formo parte.

Un reclamo de los positivistas que parece ya totalmente superado —aunque no deja uno de llevarse sorpresas— es que el historiador se ocupe del pasado sin más interés que el pasado mismo, haciendo caso omiso de su situación presente. Dicho de otro modo, que el historiador debe ser un sujeto ajeno a su propio tiempo, comprometido sólo con su objeto de estudio. El pasado por el pasado.

En lo que todos parecen estar de acuerdo es en que la historia que interesa en primera instancia es la propia: la de la propia comunidad, aunque no todos coincidan en que se debe de estar atento a lo que, donde quiera que suceda, la afecte directa o indirectamente. El positivista tiende a preocuparse nada más por lo que ocurre dentro de casa, mientras que otros procuramos ver, desde casa, todo sucedido que tenga relación con ella. De aquí el aserto de que toda historia es historia universal.

Cierto es que los acontecimientos se entrelazan e influyen unos a otros sin respetar delimitaciones políticas, distancias ni diferencias de tiempo. El estudio de una realidad particular requiere, por supuesto, una concentración en un tiempo o en un espacio, pero, ¡aguas!, debe atenderse también a fenómenos de espacio y tiempo ajenos que, por angas o por

mangas, influyen en lo nuestro y cuyo desconocimiento nos puede dejar con un palmo de narices.

Ello nos hace insistir en que la visión que el historiador tiene de la historia debería forjarse, sin excepción, a partir de su comunidad y, podría agregarse, con base en su propia y particular circunstancia. Cuando se dice que “cada época tiene su propia visión de la historia” se acepta que el cambio mismo de las circunstancias va ocasionando transformaciones, no sólo en la visión que se tenga del pasado, sino incluso en la manera de estudiarlo. Dicho de otro modo, no hay mutación nada más de cómo se estudia el pasado —esto es, de la ciencia histórica—, sino incluso, y como consecuencia lógica, de lo que se prefiere conocer del pasado y de cómo se ve y se entiende. Puede decirse, además, que la concepción de pocas ciencias ha cambiado tanto como la de la historia. ¡Qué distancia tan grande hay desde lo que de ella pensaba Heródoto! (“para que no se borren de la memoria las hazañas así de los griegos como de los bárbaros”) hasta la llamada “historia científica” que se ha ido construyendo desde el siglo XVIII —cuya pretensión primigenia es ahora la de entender—, sin olvidar que se transitó por una larga época en la que el quehacer del historiador consistía sobre todo en descubrir la participación divina en el devenir de los pueblos.

Si la circunstancia individual influye, en lo que se sabe del pasado y en el modo de aprehenderlo, ¿cómo puede pedirse que el historiador se despoje por completo de su personalidad cuando estudia temas que tanto tienen que ver con su persona? El proceso historiográfico, como lo señalaba Collingwood, es un proceso de *re-creación* —de volver a crear (no repetir, sino crear de nueva cuenta y por fuerza de manera diferente)— situaciones pasadas en el presente, en abono de la mejor comprensión de éste. Mas condición previa de esta re-creación es la heurística —la búsqueda, verificación, análisis y depuración de la información— y la hermenéutica —integración de la información nueva para el historiador en el *corpus* cognoscitivo que ya posee de antemano: en lo que *ya* sabe—. Visto así, no cabe la menor duda de que resulta por completo imposible que el sujeto prescindiera de su condición de sujeto —de él mismo— y elimine por completo cualquier rasgo de *subjetividad*.

Pero además de imposible, tampoco resultaría deseable este objetivismo completo, puesto que la búsqueda del pasado —si no olvidamos que éste es casi infinito e imposible, verdaderamente imposible, de ser abarcado en su totalidad— debe hacerse en función de las necesidades, vocaciones, expectativas, anhelos, angustias, frustraciones del presente. No olvidar que es desde el presente y al servicio de quienes viven en este



tiempo y vivirán en el futuro, que debe realizarse el estudio de la historia y no para regodeo de quienes viven por completo desinteresados de su tiempo y espacio.

Asimismo, queda claro que es conforme a la subjetividad que surge el interés por un tema específico y el aliento y el gusto por esforzarse en su estudio. ¿Qué resultados se pueden esperar de trabajos cuyo objetivo carece de interés para su autor?...

Huizinga lo dijo, y se ha repetido hasta el hartazgo, que el historiador es él y su circunstancia, o quizá deberíamos aun decir que es más *su circunstancia que él mismo*, sin que por ello neguemos las características individuales de cada estudioso del pasado. Pero no puede olvidarse la enorme importancia que el medio ambiente tiene en la forja y la acción de cada individuo.

Resulta un contrasentido también que el historiador ignore el medio en el que habita. Más bien deberíamos suponer todo lo contrario: que el historiador debe estar lo más consciente posible de su circunstancia y conocerla lo mejor que pueda, no sólo con el fin de realizar estudios que le resulten útiles o convenientes, sino también para estar consciente de

qué clase de sujeto es y de cuál es la naturaleza de su subjetividad. De esta manera, no sólo no se desprende de ella sino que la asume con plena conciencia y probablemente sabrá manejarla mejor al establecer la relación de su presente con su pasado.

No cabe duda –vale reiterarlo– de que será mejor historiador quien además de estudiar bien su tema del pasado entienda debidamente su situación presente, tanto como individuo como por su pertenencia a una determinada colectividad.

La subjetividad de la historia resulta, hágase lo que se haga, inevitable. Lo que el historiador debe procurar por todos los medios –apoyándose también en su método y técnicas de trabajo– es evitar que dicha subjetividad desvirtúe su trabajo en vez de aprovecharse de ella para que el resultado de sus fatigas se convierta en un producto de verdadera utilidad social. No se trata, por tanto, del pasado por el pasado sino del pasado por el presente y hasta por el futuro...

Contra lo que el historiador debe estar más alerta, en este sentido, es la simplificación que deriva en dogma: ni debe tomarse conocimiento alguno como *definitivo* ni hay análisis *absoluta y completamente* verdaderos *per secula seculorum*. En consecuencia, también debe estarse alerta contra los asertos absolutos; palabras como *todo* o *nada*, por ejemplo, deben manejarse con sumo cuidado, pues casi no tienen cabida en el análisis del pasado.

De la misma manera, debe pensarse que la imposibilidad de una completa objetividad no significa que el quehacer del historiador resulte subjetivo en su totalidad. Hay que estar en contra de esta proclividad maniquea del ser humano, originada por su naturaleza religiosa que se sustenta más en el *creer* que en el *comprender*. El maniqueísmo ancestral nos fomenta la fácil calificación de bueno o malo, decente o indecente, moral o inmoral, como si fuesen categorías absolutas, del mismo modo que las religiones preconizan verdades absolutas: esto es, asertos a los que se atribuye valor universal y definitivo...

Lo que debe caracterizar al saber científico es su relatividad. La búsqueda de la verdad implica una permanente investigación, se dice.

Si afirmamos que la historiografía no puede ser objetiva por completo, no queremos decir con ello, vale la pena repetir, que sea sólo subjetiva.

Se dice que la diferencia primigenia y fundamental entre historia y literatura consiste en que la segunda se permite un manejo libre de la realidad. El novelista, por caso, y más aún el poeta, tienen licencia para hablar de sucesos, emociones,



ideas, etcétera, como les dé la gana. Para eso son novelistas y poetas...

El historiador tiene que ir en pos de la verdad (conocimiento bien fundamentado para lograr la general aceptación), sin lo cual sus análisis y conclusiones resultan más bien literatura que ciencia. No es que ello sea malo *per se*, pero el resultado no sería el perseguido. Y para buscar la verdad se ha establecido un método –el método científico– fundamentado en múltiples y diversas técnicas –o, si se prefiere, puede decirse que existen diversos métodos–, y a este modo de trabajo, al menos con pretensiones permanentes de verdad, aun a sabiendas de sus cortapisas, debe someterse el historiador. En esta medida, su labor resulta *científica*, pero, y ello es también de suma importancia, en la medida en que su quehacer tiene una cierta dosis de subjetividad (y no por ello –repito– debe menospreciarse) el trabajo del historiador es también literario.

Vale la pena hacer, a modo de paréntesis, la aclaración de que el oficio del historiador tiene también características literarias, aparte del papel que puede desempeñar la literatura, tal cual es, como fuente de conocimiento histórico; de ahí que la historia de la literatura, trabajada convenientemente

–integrándola al contexto social de que emana– pueda alcanzar el mismo valor que cualquier otra historia.

Pero la dosis literaria y subjetiva que tenga la obra historiográfica, si se recuerda que el fin último de la historia no es la *descripción* del pasado sino su *explicación y comprensión*, con frecuencia permite un mayor acercamiento a tales pretensiones, dado que en la subjetividad se sustenta la perspicacia y la imaginación, indispensables para la construcción de las hipótesis que metódicamente se habrán de demostrar.

Además de las historias noveladas y las novelas históricas (como muchas autobiografías, en el primer caso, y las obras de Victoriano Salado Álvarez, en el segundo), novelas quizá “químicamente puras” como *Cien años de soledad*, por ejemplo, permiten entender la historia de lo que Guillermo Bonfil hubiera llamado la *América profunda*, mejor que muchos de los manuales que ostentan el título de *Historia de América Latina*. Precisamente por no someterse al culto que rendimos a los documentos, a veces de manera excesiva –resabio del positivismo– ni a marco teórico alguno, García Márquez, con base en su propia y riquísima experiencia, fruto de una excepcional cualidad de observación, incorpora mitos y leyendas –también una especie de realidad entre nosotros– y ofrece, no cabe duda, un extraordinario y consistente análisis de dicha realidad.

La defensa del rigor científico de la historia, al buscar entre otras cosas la mayor objetividad posible, no debe ir en detrimento de su carácter subjetivo y literario que, sin gozar del calificativo de científico, con frecuencia permite una mayor agudeza al autor, el apunte de interesantes hipótesis y la apertura de atractivos caminos que, con el tiempo, se podrán verificar o desechar y ¿por qué no decirlo también?, torna más agradable la obra historiográfica y consigue, por lo mismo, que se lea y se venda más.

Lo científico debe entenderse, a diferencia del embarazo y la virginidad, no como algo absoluto que es o no es. Hay graduaciones, como en todo, y no por ser menos objetivo es menos científico y, mucho menos, por ser menos científico es menos importante y útil. La historiografía, en última instancia, se debate entre la objetividad científica y la subjetividad literaria y, mientras tenga algo de ambas, no perderá ni su condición ni su función, de la que, por cierto, nos guste o no, nunca ha podido prescindir la humanidad desde que empezó a cobrar conciencia de sí misma. •

JOSÉ MARÍA MURIA es doctor en historia por El Colegio de México. Su más reciente libro es *Nueve ensayos de historiografía regional* (Conaculta, 2003).